CAPÍTULO VII

Yo soy para mi Amada.

Hemos nacido para el cielo y no para la tierra; no para servir al mundo sino á Dios: esto es lo que debemos procurar con todo empeño, servir á Dios, ya que haciéndolo vamos camino derecho de nuestra felicidad.

Caminemos hacia Dios; mas nadie llega al Padre sino por Jesucristo nuestro Señor; y á este Hijo divino se llega por María. Desde este punto de vista el amor de la santísima Virgen nos descubre su razón de ser y su altísima importancia. María no es el término; puesto que sobre Ella está Dios á quien nos dirigimos finalmente; y nuestro corazón no tendrá quietud, sino al descansar en el seno de Dios; mas la Niña preciosa del Señor nos lleva de la mano

al descanso de que hablamos. ¿De qué manera lo hace? Acercándonos á su Hijo Primogénito nuestro Señor Jesucristo. María se nos presenta como nuestra hermana; y si bien por un privilegio admirable no incurrió en el pecado original, ni estuvo sujeta á la triste miseria de contraerlo, ni en el peligro de incurrir en él, como dice san Francisco de Sales; sin embargo es verdadera hija de Adán y tiene su naturaleza; y por esto el Hijo de Dios á quien dió su sangre inmaculada y santa, es verdadero hombre, que fué concebido en sus entrañas por obra del Espíritu divino; y esto es lo que justifica al impío, lo que nos salva: creer que en el mismo Señor hay verdadera divinidad y verdadera humanidad; y María teniendo en brazos á su Hijo santísimo, nos dice: Esto es lo santo que ha nacido de mí, el Hijo de Dios.

Si separamos un instante á la Virgen santísima del misterio de la Encarnación; si no la admitimos como verdadera Madre de Jesús, ¿podrá subsistir aquel adorable misterio? Mas creyendo como realmente creemos que el Verbo de Dios es Hijo verdadero de María, la luz del cielo ilumina nuestras almas con sus bellos resplandores, y tenemos que confesar que Jesucristo es nuestro hermano en todo semejante á nosotros, fuera del pecado.

María que nos da á conocer á Jesucristo, nos da también su santo amor, como Dios y hom-

bre; como Dios, porque la divina persona del Verbo del Padre al tomar nuestra naturaleza en el seno de nuestra Señora, nos revela una bondad amabilísima y sagrada y un amor sin límites. Así nos ha amado que se ha hecho hombre por nuestra salvación é Hijo de María. Esta sacratísima Señora le atrajo del seno de Dios, delante de quien se presentaba resplandeciente de luz y de gracia y con el encanto y la perfección de todas las virtudes. Ella, por lo mismo, inclinó la bondad del Eterno á derramar sobre el mundo los tesoros de su amor y su clemencia; y el Hijo de Dios se hizo hombre por nuestra salvación. Nadie puede comprender cuánto nos ama María; recibe en su seno al Hijo del Eterno, le da á luz como Madre verdadera, le lleva en brazos, y nos le muestra diciendo: Ved á vuestro hermano que engendré de mi propia substancia; es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Y ese Niño déjase ver amabilísimo en brazos de María y cautivando todo nuestro amor. No nos espanta con los rayos de su terrible justicia; porque no ha venido á juzgar al mundo sino á salvarlo; y está en brazos de la más tierna y compasiva Madre de los hombres que calma la indignación de ese Hijo y la convierte en la dulce sonrisa de la misericordia.

Es María perfectísima y amable, está enriquecida con todas las gracias y dones de los cielos;

y tiene un atractivo santo y misterioso, que rinde y encadena nuestros corazones. Es fuente inagotable de luz, de gracia y de vida; resplandece con todos los encantos de la hermosura, de la bondad y la clemencia; y en todo esto su Hijo amabilísimo la excede sin medida alguna. Ahora bien: al poner en María nuestro cariño, abre sus labios y nos dirige estas palabras: *Ascende superius*, y ¿hasta dónde? Hasta el amor de Jesucristo; y el corazón que tanto ha gozado en la belleza y en las perfecciones de María, aviva sus deseos, suspira de amor, y se eleva hasta su Hijo divino. Si queremos pues amar al Hijo, amemos á la Madre, que es un camino verdaderamente delicioso, abierto á los humildes, y en el cual nadie llega á extraviarse.

Lo que acabamos de decir nos está mostrando la altísima importancia del amor á la sagrada Virgen; y ¿cuánto es lo que debemos amarla? Cuanto sea posible con el auxilio de la gracia; que no por esto quedaremos sin aliento, sino todo lo contrario; porque la Virgen santa vivifica y robustece nuestro amor. Como aquella viuda que llenaba de aceite los vasos que le presentaban sus hijos (1); así María llena nuestros corazones del bálsamo de su santa caridad hasta que rebosan; y ungidos con ese preciosísimo licor se vigorizan y se inflaman en nuevos ardores.

(1) IV Reg. IV, 5.

Seamos todos para nuestra Amada; porque llenos de miserias y necesidades que no podemos remediar, estas mismas nos exigen que acudamos á María, que todo lo puede con Dios nuestro Señor. El que es Padre de misericordias y Dios de todo consuelo, quiere comunicarnos todas sus gracias por medio de esta santísima Señora; sus plegarias siempre le son agradables porque El mismo las inspira, y tienen por objeto la divina gloria y se ordenan á la eterna salvación de los hombres. Jamás las desoye, pues esto no lo permite el amor que le tiene: la ha preferido á todas las criaturas, la ha hecho su Madre verdadera y colmádola de gracias y dones celestiales. Quien así ama no sabe negar cosa alguna. Mas si María es extraña á nuestro amor, ¿acudiremos á Ella con toda confianza? En caso contrario, si nuestro corazón le pertenece enteramente, si de Ella son todos sus afectos, casi sin darnos cuenta de lo que nos pasa, acudiremos á su santo patrocinio diciéndole una y otra vez: bajo tu amparo nos acogemos santa Madre de Dios; y María no dejará burladas nuestras esperanzas.

María es nuestra Madre, le hemos dado el corazón y todo cuanto somos; y al decirlo descansamos en sus brazos, ó bien nos postramos á sus pies sagrados. No somos de nosotros mismos; si lo fuésemos seríamos unos insensatos, porque palpamos nuestra gran miseria. No so-

mos del mundo ni de las viles pasiones de la carne: esto sería nuestra desgracia; mas siendo de María, esta santísima Señora tendrá que recordarnos, si lo hemos olvidado, que con Ella están las riquezas y la gloria, las obras esclarecidas y la justicia para enriquecer á los que la aman y colmar sus tesoros. Con Ella no está la miseria, ni puede acercársele el pecado; y seremos muy dichosos viviendo en su seno maternal. Nada podrá faltarnos; porque siempre atenta á nuestras necesidades, puede y quiere remediarlas según se lo pide el amor que nos tiene; y no hay corazón como el suyo, después del de Jesús. Llena de misericordia y de una bondad que jamás se fastidia de nosotros, endulza todas las amarguras de la vida y nos da paciencia en las adversidades, y con el recuerdo de sus dolores calma los que padecemos; es la Reina de los mártires; y en la pasión y muerte de su Hijo inocentísimo, sumergido quedó su Corazón en un oceano de aflicciones: ¡cuán amargas fueron entonces sus lágrimas! y todas las derramó por nosotros; y cuando lloran sus hijos, las lágrimas que éstos derraman las une con las suyas; y así nos da el mayor consuelo que pudiéramos desear. Pensando en esto decimos lo siguiente: padeció por nosotros acerbísimos dolores, ¿dejaremos de amarla con todo el corazón?

María tiene presente que somos hermanos de

Jesucristo su Hijo divino, y que este Señor la hizo nuestra Madre; y desde entonces lo ha sido, y en tanto grado que si á Jesús llevó en su seno únicamente nueve meses, á nosotros nos guarda en su Corazón inmaculado y santo, todos los días de nuestra vida; y viviremos en El perpetuamente allá en el cielo. Su carácter de Madre de los hombres, y la solicitud incansable y delicada que nos consagra ¿no serán inviolables y preciosos vínculos que con Ella nos liguen para siempre? El cariño que nos tiene hace una dulce violencia á nuestro corazón; nos confesamos rendidos, y dichosamente encadenados por esa Madre amorosísima; la deseamos amar con toda el alma; y contando con la gracia divina, nadie logrará separarnos de su santo amor; ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni lo presente, ni lo futuro, ni cualquiera otra criatura. María reinará para siempre en nuestro corazón: yo soy para mi Amada; y ¿por qué? Porque Ella es la Reina de los cielos y de la tierra, Inmaculada y santa, perfectísima y amable sobre todas las demás criaturas, tesoro casi infinito de virtudes y dones celestiales, piélago insondable de bondad, perenne surtidor de la divina gracia, toda hermosa, purísima y sin mancha, hija predilecta del Eterno, su encanto y sus delicias, Madre del Unigénito de Dios, que ha depositado en Ella todos sus tesoros, Esposa

muy amada del Espíritu divino, su única paloma, inocentísima, más hermosa que la luz del cielo y más pura que los ángeles de Dios.

La amamos con todo el corazón porque Dios así lo quiere; y al cumplir la voluntad divina complacemos al Eterno. La amamos con todo el corazón, porque después de Dios es todo nuestro bien, Madre que nunca nos olvida, cariñosa y agraciada, hermana que con su afecto y virtudes nos roba el corazón.

María nos colma de favores desde la cuna hasta el sepulcro: tales favores por sí mismos obligan nuestro afecto; mas debemos añadir que proceden de una benevolencia incomparable y nunca merecida. ¿Por ventura nuestras buenas obras reclaman de justicia tal benevolencia con nosotros? ¡Ay dolor! nuestras ingratitudes nos están diciendo de qué manera nos hemos portado con María; y el funesto olvido de nuestra alma respecto de tan tierna y cariñosa Madre, nos cubre de vergüenza. María cual si todo lo ignorase, no aparta de nosotros sus miradas llenas de compasión y de dulzura; porque Ella es nuestra y su Corazón nos pertenece. Prodigio es éste de una belleza incomparable y de un atractivo que nos lleva, casi sin poderlo resistir, á su sagrado amor.

Nos ama con un cariño, sobre toda expresión, admirable, constante, invencible... ¡Cómo tener encerrado en el pecho el fuego que en él

ha encendido el amor que nos tiene la más generosa y amante de todas las madres! Es indispensable prorrumpir en bendiciones y alabanzas; tiene el corazón que desahogarse á los pies de la sagrada Virgen, y decirle cuánto la ama.

Madre santa, ¿quién tan pura y hermosa, tan dulce y amable como Vos? Todos vuestros hijos os bendicen; mas nada son tales bendiciones comparadas con las que os da el Padre celestial, ese Padre que os ama con tanto cariño y que os dió á su mismo Hijo; y este Hijo al haceros su Madre verdadera, y desde el primer instante de vuestro sér inmaculado, os colmó de las gracias del Espíritu divino, de quien sois la Esposa muy amada y la preferida sobre las demás criaturas. Oh Señora, después del amor que Dios os tiene y de las bendiciones y alabanzas con que se digna colmaros, ¿recibiréis las nuestras, y el amor tan imperfecto que os tenemos? Sois Madre y la más amorosa de todas. Por esto os bendecimos y alabamos, os damos gloria porque sois la muy amada del Eterno. Nuestro corazón os ama con todos sus afectos; encanto y alegría de los cielos y la tierra y dulcísima esperanza de los hombres. Sois la primera en el amor de Dios, mil veces dichosa; y la felicidad de que gozáis nadie podrá perturbarla y durará para siempre. Esta es nuestra dicha y la gloria de los que os amamos. Nuestra Madre es dichosa, decimos, y

su gloria no tendrá fin. Palpita de ternura el corazón, y caen de los ojos lágrimas de inefable gozo. Bendito sea mil veces el Dios que os crió tan pura, y os enriqueció de toda gracia y virtud, y que os colma de dicha inmensa. Gozad, gozad, preciosa Virgen de nuestros amores, de las dulcísimas caricias del Señor.

No estamos satisfechos del amor que os tenemos; ¿ni cómo pudiéramos estarlo cuando es tan tibio, y nosotros somos unos miserables pecadores? A Vos corresponde convertirnos al Señor, conservarnos en la divina gracia y avivar más y más las llamas de la santa caridad en nuestras almas.

¿Qué haremos para amar con todo el corazón á nuestra Niña, para decir con verdad estas palabras: Yo soy de mi Amada, la purísima Virgen María? Pensar en Ella cuanto nos fuere posible, en su inmaculada y celestial pureza, en las mil y mil gracias que la adornan, en los continuos beneficios que recibimos de sus manos, y en la necesidad que tenemos de su intercesión.—Reflexionemos que muchos no la aman ni la sirven como debieran hacerlo; lloremos penetrados de amarguísima tristeza; y estas lágrimas y el amargo sentimiento de nuestro corazón, avivarán las llamas del amor que le tenemos. Pongamos los ojos en nosotros mismos; y ¡cuánto tendremos que llorar y entristecernos! No la hemos amado verdaderamente: así nos lo prue-

ban la resistencia y el desprecio á sus inspiraciones, nuestro olvido y las ingratitudes con que hemos pagado su cariño. ¿Dejaríamos de llenarnos de pena y de amargura pensando en esto? ¿Por qué no reparar nuestras faltas con el más ardiente y abrasado amor á nuestra Madre, tan buena y generosa, á quien tanto debemos, y que es nuestra esperanza de salvación y vida eterna? No dejemos que el desaliento penetre en nuestras almas: María es Madre indulgente y compasiva sobre toda expresión; pidámosle que no recuerde nuestras faltas, y nos alcance los auxilios de la gracia para amarla con todas nuestras fuerzas, con todo el corazón, para que Ella reine eternamente en nosotros.

Mi Amada es para mí; yo soy para mi Amada, y lo seré para siempre. Sean estas las últimas palabras que pronunciemos al morir.

CONCLUSIÓN

Escuche con agrado la Virgen purísima de mis amores, la Reina del cielo y de la tierra, la Madre de Dios, el humilde cantar de mis cantares.

Admiro su santidad original llena de perfección y de belleza, y bendigo á Dios nuestro Señor que quiso acumular en su preciosa Niña todos sus tesoros.—La azucena despide su fragancia; la luz ostenta sus bellísimos fulgores; y en el orden de la gracia, los ángeles de Dios cantan la gloria del Eterno con una armonía tan suave y delicada que arroba y suspende nuestras almas; y María en su Concepción Inmaculada se corona con blancas azucenas; y vístese de luz purísima y hermosa, y los ángeles llenos de alborozo, cantan la gloria de su triunfo.

Pienso un instante en la pureza virginal de